

Increpa a García Márquez y gana el Príncipe de Asturias

Susan Sontag: pasajera entre susurros

Ximena Pío F.



El ácido escritor español Francisco Umbral —con un mal genio superable solo por la obsesión de su bufanda— ha dicho de ella que es “una cacería presentada con un estilo literario anodino”, mientras que Tom Wolfe la considera una fundamentalista de lo que él denomina como *marxismo rocoso*.

Pero Susan Sontag se mantiene firme, sin importarle las críticas, sacudiendo a Estados Unidos de vez en cuando —claro, a quienes la ubican junto a intelectuales como Noam Chomsky—, y, ahora, ganando el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, el llamado Nobel español.

Se atrevió a criticar el silencio de Gabriel García Márquez frente a los asesinatos sumarios y a los excesos de Fidel Castro. García Márquez le respondió, mientras ella participaba en Bogotá de la Feria del Libro: “Yo mismo no podría calcular la cantidad de presos, de disidentes y conspiradores que he ayudado, en absoluto silencio, a salir de la cárcel o a emigrar de Cuba en no menos de veinte años. Muchos de ellos no lo saben y con los que la saben me basta para la tranquilidad de mi conciencia. En cuanto a la pena de muerte, no tengo nada que añadir a lo que he dicho en privado y en público desde que tengo memoria: estoy en contra de ella en cualquier lugar, motivo o circunstancia. Nada más, pues tengo por norma no contestar preguntas innecesarias o provocadoras, así provengan —como en este caso— de una persona tan meritoria y respetable”.

La historia ya se sabe y se escribió e interpretó a partir de que José Saragat, comunista de la vieja guardia y fiel a la revolución cubana hasta hoy, onicara durante la anécdota de Fidel.

Sontag tiene un estilo que gusta de la izquierda de Estados Unidos, pero que critica los intelectuales más profundos. Crítica a medias, comprometida a medias, sus palabras también caen en el vacío. A propósito de lo acontecido con García Márquez, Carlos Yuste rescató las palabras de Sontag sobre el silencio: “El silencio existe como decisión: en el suicidio ejemplar del artista (Kierkegaard, Lautréamont), que así atestigüe que ha ido demasiado lejos; y en las ya citadas renuncias modélicas del artista a su vocación. El silencio existe como castigo: autocastigo, en la locura ejemplar de aquellos artistas (Hölderlin, Artaud) que demuestran que la misma condena puede ser el precio que se paga por transponer las fronteras aceptadas de la conciencia; y, desde luego, en las penas (que van desde la censura y la destrucción física de las obras de arte hasta las multas, el exilio y la prisión para el artista) aplicadas por la ‘sociedad’ para suprimir el inconformismo espiritual”.

Sontag es atrevida en su país, por lo menos para hablar del establishment y de Bush. Luego del atentado contra las Torres Gemelas, en 2001, manifestó en una entrevista que “no hay por qué centrarse en la retórica simplista, a lo cowboy, de Bush, que en los primeros días osciló entre lo cético y lo siniestro; después, sus asesores y quienes escriben sus discursos parecen haberlo refinado. Bush no debería monopolizar nuestra atención, por repulsivos que fueran su semblante y su lenguaje. Todos los personajes principales del gobierno me parecen fallos de vocabulario, mientras buscan imágenes que abarquen esta repulsa sin precedentes del poderío y la competencia de Estados Unidos”. Las muertes de civiles en Afganistán, Irak y “otros lugares” por causa de la “guerra” emprendida por Estados Unidos la desconciaba. “Tantas muertes solo pueden ensanchar el odio a Estados Unidos (y, en un sentido más general, al latido occidental) diseminado por el fundamentalismo islámico extremo. Veo una situación extremadamente complicada. Salta a la vista que el terrorismo activista que el 11 de septiembre se asió un éxito tan señalado es un movimiento global. No debemos identificarlo con un solo Estado —no, por cierto, con el desdichado Afganistán— del modo en que Pearl Harbor pudo ser identificado con Japón. El terrorismo se burla de las fronteras, igual que la economía actual, la cultura de masas y las pandemias (gememos en el sida”.

Sontag argumentaba en esos días un perfil que la refleja. “Por décadas, he estado en la vanguardia de quienes censuran las fechorías norteamericanas; por ejemplo, me he sentido particularmente indignada por el embargo que tanto ha hecho sufrir al empobrecido y oprimido pueblo iraquí. Pero no comparto el punto de vista que detecta entre algunos intelectuales norteamericanos, como Vidal, y muchos intelectuales bien pensantes de Europa, en el sentido de que Estados Unidos se ha buscado este horror, que ellos mismos son, en parte, los culpables de que en su propio territorio

hayan muerto miles de personas”.

En un artículo publicado en el periódico francés *Le Monde*, afirmaba ya que los atentados de ese 11 de septiembre no fueron “una co-barda agresión contra la civilización”, como lo afirman los dirigidos norteamericanos, sino una “agresión contra una superpotencia mundial autoproclamada”. Según cuenta *Microno* Parra, hace muchos años —durante un almuerzo en Nueva York— Sontag (que cabía, incansable, la pista que daría con el quiebre entre el antipopea y Herodes) le susurró al oído: “Micanor, tú siempre has sido mi héroe”. Y es que de Sontag ya se sabe su teoría: “Los individuos que parecen realmente excepcionales dan la impresión de pertenecer a otra época (ya sea a una época del pasado o, sencillamente, del futuro). Nadie extraordinario parece ser cabalmente contemporáneo. Las personas que son contemporáneas no parecen ser absolutamente nada: son invisibles... La moralidad es la herencia del pasado, la moralidad gobierna el ámbito del futuro”.

Radical en América

Susan Sontag (Nueva York, 1933) se licenció en Filosofía y Letras por las universidades de Chicago y Harvard. En 1963 publicó su primera novela, *El benefactor*, y poco después los ensayos *Contra la interpretación* (1966) y *Notas sobre la culpa*. Fue enviada como periodista a la guerra de Vietnam en 1968, conflicto que la impactó profundamente. Siempre interesada en el cine, viajó a Suecia, donde rodó *Duelo de canchales* (1969) y *Hermano Carl* (1971), escribiendo a la vez libros como *Viaje a Hanoi* (1968) y *Estilos radicales* (1969).

En 1972 escribió *Bajo el signo de Saturno* (publicado en 1980) y en 1973 filmó a los tropas israelíes en la guerra de Oriente Medio dirigiendo una película en los Altos del Golan titulada *Tierra prometida*. Enferma de cáncer, escribió *La enfermedad y sus metáforas* (1978). Publicó *El sida y sus metáforas* (1988). Ha escrito sobre cine y teatro y editado textos escogidos de Roland Barthes y Antonin Artaud. En 1992 publicó *El amante del volcán* y en 1993 acudió a Santiago, donde impartió clases en la Academia Dramática y montó la obra *Esperando a Godot* (junto con otros intelectuales). Su última novela *En América* (1999) ha sido galardonada con el Premio Nacional del Libro de Estados Unidos y el Premio del Libro de Jerusalén. Cofundadora en 1993 del Parlamento Internacional de Escritores, en 1994 recibió el premio Montblanc por su labor cultural en Bosnia. En mayo pasado le anunciaron que era una de las dos ganadoras del premio español Príncipe de Asturias.

Susan Sontag, pasajera entre susurros [artículo] Ximena Póo F.

Libros y documentos

AUTORÍA

Poo, Ximena

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Susan Sontag, pasajera entre susurros [artículo] Ximena Póo F. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile